

## EL PAISANO RAMON PALOMARES, EN SU REINO DE ESTE MUNDO Y OTROS

---

*Luis Suardíaz*

---

No fue hasta 1967 que vi al pasar algunos textos de Ramón, en la por entonces celebrada y discutida antología de Aldo Pellegrini —poesía viva latinoamericana— hoy relegada al olvido. No poseía un ejemplar de la oferta de Pellegrini, así que tuve que leer como en la clandestinidad, con poca luz y a toda prisa. Retuve, aún así, la esencia de “El noche” y “Baile” que junto a otro texto era todo lo que ofrecía en su tablero de papel el crítico rioplatense. Años después supe que la versión al inglés del poema debió hacer sudar tinta al bueno del traductor (“Aquí llega el noche/el que tiene las estrellas en las uñas (...) alzando los brazos como relámpago/abriendo los cedros). Esta dificultad es una de las que ha detenido en su raíz a la poesía de Palomares; otra de ellas es la fidelidad a su entorno. Además, no es un autor que se promueva, que ande dejando tarjetas personales en seminarios y congresos, ni sostiene una caudalosa correspondencia con posibles editores. Tampoco se preocupa de la moda, de la última onda, del gusto popular o del gusto de la élite que tiene la sartén por el mango. Algo más: su poesía obliga a pensar.

Es el caso que veinte años después de esa antología y a más de dos décadas de la publicación de *Paisano* (1965) su trayectoria lírica lo ratifica como uno de los más destacados poetas de los que escriben en el español enriquecido y múltiple de nuestro tiempo. Sus amigos de *Sardio*, y del grupo que a mitad de los sesenta editaban *Rayado sobre el techo*, o los que después han compartido con él clases magistrales y soledades

mojadas por el alcohol en Mérida, sus viejos compañeros de Escuque y de Caracas, vienen diciendo esto desde hace mucho. Pero Ramón es uno de esos cantores esenciales que ni forma parte de ningún boom ni pasa de moda, pues lejos, ya lo dije, de las modas vive y trabaja.

Hacia 1974 Ramón me hizo llegar la antología que auspició el Instituto Pedagógico de Caracas y que reúne piezas suyas escritas entre 1958 y 1965; más exactamente, las incluidas en *El reino, Paisano* y *Honras fúnebres*. También me alcanzó la apaisada edición de tapas duras de *Paisano*. Pero eso fue hacia 1979. En el medio (1975) y después fue *Adiós Escuque, Mérida elogio de sus ríos, o El viento y la piedra*, hace tres años. En el camino, nuevas antologías, diálogos en tres ciudades —Caracas, Mérida, La Habana— revistas, periódicos, nuevas valoraciones.

La antología de 1965 cuenta con un inteligente y sereno prólogo de Iraset Páez Urdaneta. La inteligencia nunca sobra; y la serenidad no es tan frecuente en prólogos de poesía, incluida la venezolana, en las que el falso desenfado y las afirmaciones gratuitas a veces alejan al asombrado, o iracundo lector, de modo que en nada ayudan al prologado, amortajado autor.

Se inicia el poemario con *Viajero* y quien lo lea con detenimiento ya sabe cómo es y cómo será la poesía de Palomares en su devenir, pues no hay cambios bruscos en su decir, ni aprendizajes especuladores.

Nacido en 1935, tiene poco más de veinte años cuando concibe este cuaderno y ya para entonces es dueño de un ajustado instrumento expresivo, ya conoce la raíz de su pueblo íntimo, las costumbres —el lenguaje que él lleva hasta sus últimas consecuencias sin traicionarlo— de su gente

*Pero en un instante soplo la nostalgia  
y arranco de mí la alegría  
como a la más bella flor de mi cuerpo.  
Y al paso de los astros,  
las gentes muertas  
y los hechos desaparecidos  
brindo a los ocultos  
Los desconocidos pájaros del rodeo próximo,  
diciéndome que no retornaré más nunca.  
Y así comienza mi aventura.*

"Saludos", mantiene el tono de ironía asordinaada ("Saludos, precioso pájaro/Y no abandones el oro de las plumas/entre aquellas nubes (...) No sea que pases del cielo/ y quedas preso en los astros."). Aquí se duele Ramón de los que han dejado atrás sus posesiones aldeanas para precipitarse en la gran ciudad. Vendido el corazón "cambiando los pareceres de conciencia". Muchas cosas han pasado y el vuelo del pájaro ha seguido por el mundo, como fina hoja perdida en los vientos. Así pues, vuelve el pájaro, pero comido por la prisa del viaje que no cesa. De la "Elegía a la muerte de mi padre", he hablado en otras ocasiones. No es un llanto flojo, es una elegía a la antigua, llena de fuerza, coronada por los símbolos sencillos de la tierra, accesible a los verdaderos dolientes

*Tu padre ha muerto, más nunca habrás de verlo.  
Abrele por última vez los ojos  
y huélelo y tócalo por última vez:  
como se toca la flor para la amada, así tócalo;  
como se miran los extraños mundos de un crepúsculo, así míralo;  
como se huelen las cosas que habitaremos un tiempo; así huélelo.*

La figura del padre pasará a vivir largamente en el poema, como lo demuestra "Conquistas".

*Paisano*, en su edición inicial (1964) cuenta con un diseño funcional y bello de Oscar Vásquez y fotos bien escogidas y mejor tomadas del narrador Ennodio Quintero. En el prólogo, el eficaz, inteligente amigo Oscar Sambrano Urdaneta subraya la estancia de Ramón en Boconó ("bella ciudad montañesa, cerca a Escuque, tierra nativa de este autor") y de cómo allí encontró hombres "dimensiones mágicas del paisaje", mitos, leyendas, modos de hablar, pequeñas y terribles tragedias y "un mundo sorprendente, casi virgen para nuestra poesía, al que había que mirar no con la visión de un folklorista, ni tampoco con la arrogante como ineficaz mirada que suele tener el hombre desdeñoso de la ciudad". Es cierto, como sigue diciendo Oscar que este libro no se parece a otros escritos en Venezuela, ni en ninguna otra parte, me parece a mí. Termina el sagaz crítico calificando también la obra como "un esfuerzo logrado, pulcro y sincero, por escuchar y transmitir la poderosa y profunda voz de la tierra americana".

El primer ofrecimiento de Ramón en *Paisano* es "Culebra". El reptil echa candela, bebe sangre ("y como vino entre el viento, allá está/en el cuarto donde se come los pájaros") ha devorado plumas y alas, pero no podrá hacer pasar la cabeza de su víctima; a la medianoche comenzará su canto, se moverá en los espejos, dirá *ay* cuando logre agarrarse a la cabeza del diablo

*porque esa culebra tiene muchos diablos  
y el sol le cayó encima  
y por eso anda por todas partes mordiendo,  
mordiendo,  
hasta que se lo lleve a uno al infierno*

El ritmo sugiere un canto ritual, un conjuro. Recuerdo el "canto para matar una culebra" de Guillén, titulado "Sensemayá" ("La culebra tiene los ojos de vidrio;/ la culebra viene y se enreda en un palo (...) La culebra camina sin patas;/ la culebra se esconde en la yerba"). Aunque no se produce en el caso de Ramón la síncrexis caribeña, sino que el lenguaje, la tradición de otra región, con otros hábitos y otras mezclas étnicas, alimentan el canto. Uno de los más logrados momentos de *Paisano* es "Entre el río", pero de eso hablaremos cuando lleguemos a Mérida, *elogio de sus ríos*, para no salirnos del tema. Otra página "El noche" la hallamos, como se ha dicho en la antología de Pellegrini. De la misma intensidad participa "Juan León".

*Metete vos en el caldo, Juan León, Juan León  
que no hay nadita qué comer  
que descasea la carne y la yuca y las alverjas  
metete en la olla y hacete humo  
aunque sólo tengas huesos y pellejo y dos dientes,  
Juan León*

De la aguda necesidad, del hambre total nace este canto sobrio y trágico que se apoya en el lenguaje, que sigue el lento decir de los paisanos. La dura vida del olvidado, el desposeído hombre de campo ha quedado fielmente recogida en "Hermanos" ("Los que andamos con el frío/con la niebla, con el sol/ay, // tenemos que comernos el enorme cedro y el algarrobo (...) —No vas a envolver el techo de los pobres, no les quites la espiga del maíz/ni les asustés los caballos, ni les despertés los muchachitos"—. La violenta lucha por no morir hace que no se pueda ser excesivamente tierno o sentimental.

*Enroscando todo  
nos vamos los hermanos  
ya cogimos los árboles y los tumbamos de cuajo  
y no nos dió lástima los pichones ni las culebras  
que se criaban y las florecitas que volaron  
Se dirá que íbamos por la oscuridad y sacudimos  
nuestra plata como los ricos,  
esos que vinieron con mantos de noche  
encabritando los ojos*

*Paisano* es un poemario auténtico; el habla popular está recreada con fidelidad y cercanía, las leyendas locales han sido tratadas con respeto, las pequeñas vidas no han sido tomadas como simple pretexto. Pero no por ello la voz del poeta se disuelve en otras, pues la elección de los asuntos, la conducción de la trama y la estructura responden al interés lírico de Palomares. El libro, por otra parte, no decae y cualquier antólogo exigente puede todavía hoy llevarnos un haz de poemas estupendos hacia el reino aéreo de las antologías.

Con Humberto Febres, Luis León y otros amigos hemos estado Ramón y yo en las canículas y los fríos de 1975. Hablando del llano y la música folklórica y sabe Dios cuántas cosas más o menos "inútiles" en esos días deliberaba el jurado que confería el Premio Nacional de Literatura y acababa de salir *Adiós Escique* que un amigo enviaba a Roque Dalton, sin que supiéramos que pronto iba a morir lejos de nosotros, en su pequeña patria vapuleada por la violencia. Recuerdo una muchacha —periodista— llamada Milagros, que se divertía con las bromas de aquel señor envuelto en un jacket negro, bueno para capear la humedad, el frío, la soledad urbana. Los muchachos iban y venían, no hablando de Miguel Angel, como en el viejo poema del gran señor Eliot, sino acopiando lindas botellas y cantando números de indudable gracia. Al llegar la madrugada ya Ramón no hablaba sino que pensaba en voz baja en un balcón innominado; cuando supo Milagros que el contertulio tan chispeante era el famoso

poeta se le abrieron los ojos. Pero ya no era una hora de entrevistas, sino de recogimiento.

Para hacer algo nuevo, Humberto Ramón y los demás inventaron una revista nueva que llegó a los dos o tres números. Me dejé entrevistar, y por ahí anda mi larga tirada de genialidades, con más erratas que consonantes tiene el idioma. Yo estaba seguro que el premio sería para el autor de *Adios Escoque*. Pero por si las moscas, antes de partir hacia Lima, por aquellos días sumida en un toque de queda, lo confirmé.

Ahora estoy de nuevo ante este libro que empieza con otro de los misteriosos pajaritos de Ramón, ese que venía cansadísimo "Y que te arrecostás en la piedra a beber". Con los años se ha hecho un lugar común hablar bien de este dramático texto

*Pajarito que llegas del cielo  
Figuración de un alma  
Ya quisiera yo meterte aquí en el pecho  
darte de comer  
Meterte aquí en el pecho  
Y que te quedaras allí  
lo más del corazón*

El aroma de la provincia, que siempre recuerdo con los ojos cerrados en el paisaje nuevo que no me conoce, vuelve a nos con "Ah, rigor", que puede ser de ayer o de mañana ("No pues no vaya a creer. Y cómo no me voy a acordar / Tanta noche con luna ¡Tanta guitarra! Y las ventanas perfumadas / y vos llena de lirios. Y los lirios es un decir / 'Amor' (...) Yo siempre estoy pendiente: / Dónde estará.

Que estará haciendo Se acordará de todo? / Ah, Rigor!") No voy a reseñar ese cuento en verso que es "El corazón atendiendo una visita", pero todo el que pueda que lo lea. Así también la breve biografía del hombre común, ese que ningún padre soñó, porque los padres sueñan con hijos que salten sobre ellos, están en el breve poema "El patiecito". Hay en "Nativos" una semilla válida para cualquier pueblo o aldea, con lugares de nuestra saqueada América.

*Nacimos en este pueblo donde la gente vive preguntando  
por los de lejos  
Eufrasio — Demen razón de Eufrasio  
— Ustedes no me han visto a Eufrasio?*

"El jugador" es una historia que mucho le gusta a Edmundo Aray, quien me la leyó con énfasis también en aquel febrero de 1975 y la incluyó en uno de sus libros más originales. Es el viejo cuento teatral, filmico después, del que llega a la mesa de juego y se pone a ganar inesperadamente. De montones de oro se llena su esquina en la mesa; pero cambia la suerte — o vuelve a ser la de siempre — y el oro se vuelve ceniza. De modo que, con gran sentido deportivo el ganador que se torna perdedor se va con una sonrisa. Como llegó. Como vino.

Cuando Ramón trabajó como miembro del Jurado Casa de las Américas me tocó representar al grupo de poetas visitantes en la sala de la Unión de Escritores, en La

Habana. Comparecieron entre otros prestigiosos amigos Juan Gelman, el recio autor de *Gotán*, uno de los más hondos poetas de la Argentina, uno de los mayores de nuestra generación en todo el continente, y el salvadoreño José Roberto Cea, el ingenio burlón de *Mester de picardía* y del agresivo canto múltiple *Misa mitin*. Han pasado ya varios años, y con las sequías y las lluvias no se cuántos recitales y conciertos poéticos nos han calentado el alma de este mundo, más yo recuerdo aquella noche, aquellas voces íntimas y la identificación con el agradecido auditorio. No sé que pensaba escoger entre sus libros el representante de Escuque, pero como me parecía que era necesario en un breve espacio comunicar más que un tema o una anécdota todo un propósito, lo pedí que leyera *Adiós*.

Toda la melancolía del mundo está en ese poema, no obstante es un canto lleno de esperanzas. Al leerlo recordé las palabras de William Faulkner cuando recibió el Premio Nobel de Literatura: "Creo que el hombre no se limitará a resistir sino que prevalecerá... El deber del poeta y del escritor estriba en escribir acerca de estas cosas. Goza del privilegio de ayudar al hombre levantándole su corazón, recordándole que el valor y el honor, la esperanza y el orgullo, la compasión, la piedad y el sacrificio ha sido la gloria de su pasado. La voz del poeta —sigue diciendo Faulkner— no necesita meramente una crónica del hombre: puede ser uno de sus puntales, una de sus columnas que le ayuden a resistir y a prevalecer".

No he recordado a Faulkner por gusto, pues el autor de *Mientras agonizo* —un gran poeta trágico como señaló con toda justicia Agusti Bartra— tiene zonas de contacto con Ramón, en esa, lenta visión del hombre en su entorno, en esa transcripción de la vida cotidiana como tragedia casi silenciosa, en ese amor por los desposeídos, los menos encumbrados, los que hacen lo imprescindible

*Llovió y ha vuelto a llover  
y cayeron las hojas y el sol las abrazó y el viento  
vino y arrastró las hojas y sonó la hojarasca  
y otra vez cayeron las hojas y el sol las abrazó  
y vino el viento  
y el rocío se hizo en la yerba y se fue*

Una espiral ascendente sostiene el poema que es una breve historia de la humanidad, contada con palabras sencillas, que sin embargo logran tejer una muy compleja densidad, como si lo esencial estuviese en lo que se sugiere. No es de esas piezas que pueden aprenderse de memoria y decirse a través de la radio, es de las que se cuentan junto a la hoguera, cuando son pocos los invitados o los que se juntaron por el azar o la necesidad. Es un texto que huele a siembras, a campo silencioso, con animales que pasan lentamente hacia el anochecer.

*Y ha vuelto a llover y dime qué sol ha venido y qué canción  
(oído y que mariposa baja hasta la flor del patio y duerme  
y dame ese perfume que todo es un perfume y una esencia  
y una vaga brisa que llega y se mueve y anda y desanda  
y dime si adentro de ti no oyes tu corazón partir  
y si de ti todo se ha ido y todo está por llegar y todo*

*está en viaje y todo es nuevo y vuelve.*  
*Adiós Salud Adiós*

En una revista de Venezuela, me traje lo esencial de *El vientequito suave del amanecer con los primeros aromas*, que su autor nunca ha considerado como digno de figurar en las antologías. Se trata de un solo poema con 14 fragmentos que auspició Boconó, en 1969. Una entrega colectiva de Edmundo Aray para la revista *Casa* que incluye a una docena de ensayistas, narradores y poetas venezolanos más o menos jóvenes por entonces, nos permitió en ese propio año conocer los números 3, 8, 11 y 18 —pues la primera versión llegaba a 18 fragmentos en números ordinales—. No tengo a mano ahora la publicación de Boconó, ni sé de nadie que la tenga por estos parajes, quizá a causa de la persecución implacable que Ramón desató contra un poema inocente. Pero, siendo impar en la gestión lírica del trujillano, teniendo como tema el amor carnal —“Bienamada” se llamó en la versión de la revista *Casa*— es a mi parecer una de las buenas muestras del tema en la poesía de nuestra generación, y por supuesto de su país

*Ah Esta es mi música Esta es mi puerta Si Hazme  
a un lado Me dijo  
tu puerta  
Quítame la esmeralda Arranca las flores No hay  
otro camino  
No hay otro camino a este sueño  
Y si me huyeras Si te convirtieras en quietud  
Saltaría sobre ti  
Te abrazaría  
Qué podría ser después sino tu pequeña corriente?*

Con raíces en la sabiduría popular, emparentado con los más antiguos cantares, con los libros humanísimos —y por eso perdurables— que en la Biblia no hablan de milagros celestiales sino de gente de carne y hueso que es capaz de inventar sin cesar la poesía, ligeramente parecidos a ciertos temas que Breton recreó y magnificó Huidobro, este fragmento 11 nos reconforta y alegra

*Plantaron en mi niñez fuertes vigas Roble cuyas famas  
se alzaron con plenitud  
Me adentraron en tierra Endurecí Me hice la piedra del  
sustento  
—De verdad  
Amor  
De verdad  
—dijiste  
Qué hermoso Qué suave y reposado y brioso a la vez Y cómo  
sabe hablar tu fuego  
Y te dije  
—Levántate porque ahora vamos a medirnos Afinemos el  
paso  
El mío  
Mídelo con el tuyo*

No arden aquí las nostalgias, las narraciones de la tierra, las localizaciones. Un estado de gracia, se diría, se transparenta en la pareja ("Qué sordo Qué largo silencio ha venido entre tus lirios/ Antes hubo otras flores Otra alegría Y sin embargo A fin de cuentas/ De ésto tan sólo un césped quedará") y al nombrar los sitios, adornar con simples metáforas las partes del cuerpo se asiste a un ritual silvestre; aunque no desaparecen todas las sombras, pues todo se hace "Al modo de una boda en casa de la muerte" y los presagios tienen su lugar, como en otros cantos del autor de *Honras fúnebres*

*Será verdad que tras de ti  
y de mí  
sólo hay  
un corazón sin ruido  
Se verá la breña en su niebla vestida de niebla  
No escuches No escuches  
Ah Son los besos en un amor desierto*

Pero si exceptuamos algunos efectismos, algunas trampas lícitas del estilo, y esas mayúsculas que se levantan espumeando en mitad del verso, la misma enumeración fragante, el mismo hilo que nos lleva a cantos prístinos, estaban ya en la esposa de *El Reino*, diez largos años antes

*Su boca es el día de los sueños  
(...)  
Y sus piernas los corazones del sagrado placer  
(...)  
Sus senos, ramos tenidos a ilusión  
aves desatadas en torno a ellas  
(...)  
Y sus piernas dulces están prontas al lecho  
(...)  
Esposa, lirio precioso,  
lindo regalo al soñador.*

*Más extraña y más bella que lo desconocido.*

Por eso es más fuerte la continuidad en espiral que la ruptura insólita en este canto a la bienamada, este vintecito único del día que se va abriendo, que todos los caminantes hemos aprendido a querer, en los valles azulencos, las sabanas de flores amarillas o las montañas de fértil humedad.

En el *Papel literario* del 18 de junio de 1978 apareció un vasto canto —cerca de cien versos— titulado "Beatriz". Pero no hay la esperanzada algarabía lírica de "Bienamada". Traza el poeta con rapidez el escenario donde no faltan pájaros, hojas, pétalos y fuentes bañados por el sol. Alguien toca a la puerta una y otra vez sin que nadie aparezca

*Pero al abrir de nuevo, nadie había  
y yo cerré otra vez y ya no vi mi alma.  
Ahora el llamado era preciso y yo acudí corriendo.  
Rápidamente abrí la puerta y ahora sí,  
frente a mí estaba: Ángel de rostro dulce.  
Bella exquisita imagen de humildad.*

Como "todo ángel es terrible" al decir de Rilke, también esta Beatriz bautizada por la emoción se vuelve una antagonista feroz que le niega el pan, el vino, la paz ("Donde fulgía su coraza/brilla ahora la piel de una gran bestia/y sus ojos de un dorado asesino/registran mi oscuridad"). Después viene el silencio, la meditación, la búsqueda sin éxito, la soledad. Como no estamos en condiciones de descifrar los símbolos de este dramático poema, muy cercano a la prosa forjada sobre el fuego, nos quedamos en el exterior, admirando el buen trabajo, pensando en nuestros ángeles, en nuestras propias vivencias. Contrafigura de la "Bienamada", esta Beatriz —criatura del Paraíso, soberbio ángel para las trágicas experiencias que tan sabiamente sabe construir Ramón Palomares.

Una página de *El Nacional*, de noviembre de 1984, me trae el canto "Exploración de un enfermo", que viene a ratificar la morosidad del modo de Ramón, su fidelidad a temas entrañables

*Una vaca rumia con desgano su manajo  
y me reconozco en su parsimonia*

Esta breve estrofa puede ser un arte poética, pues la parsimonia nada vacuna de Ramón, es ya un lugar común, pero hay más

*Un buey mueve con toda su quietud los enormes ojos  
y me revelo en su cristal  
Cuando hablo a los árboles  
cuando digo al arroyo  
pasan una mano emoliente por mi pecho.  
Imágenes amigas flotan a mi alrededor  
y mi habla regresa fuerte anunciándome su nueva  
inteligencia.*

Aunque nacido en Escúque, Trujillo, como sabemos, Ramón David Sánchez Palomares ha recalado en la poética ciudad de Mérida, junto a los altos picos andinos.

Por eso no es extraño que haya concebido un cuaderno de la estirpe de Mérida, *elogio de sus ríos*. Ya en *Paisano* incluye una página dedicada a Edmundo Aray, "Entre el río" que habla claramente de su intimidad con las aguas mansas o violentas de la tierra

*Voy a entrar en un río  
me quito la ropa y entro y la abro la puerta*

*y miro adentro de su casa  
(...)  
Yo vi qué come el río y vi su mesa  
y tenía platos como guayabas podridas y ganado  
muerto y casas  
y todas las siembras que se llevó  
y un hilo verde, muy verde, como un ángel*

Este un río evocado sin flojas nostalgias, un río desde abajo y por dentro, como debe ser. Pero el primer texto de los elogios se queda en la ciudad. Y hay que decir que se trata de una pintura exacta, que podría figurar en su escudo, grabarse en una piedra alta en las afueras, para que los viajeros la fueran conociendo al llegar

*Qué crepúsculo no se tiende en tu sexo  
Qué lluvia no destila tu melancolía  
(...)  
Alta ciudad de páramos  
cerrada, secreta  
consentida.*

Con el "Chama", comienza la historia de la fundación de Mérida, con las encomiendas, reparticiones, injusticias ya conocidas. Una relación de las bondades del río nos conforta ("De tus fuentes briosas se levantan yugadas fértiles/con alubias, yucas, verdeadas de coles; se levantan doradas sementeras: frijoles y maíz, y alfombrados de lechuga y floraciones de azucena"). Más también, en el saldo, en el cierre se ven sus destrucciones

*Tras asaltar las cordilleras, El Gran Chama  
fluye lento y barroso  
hasta desparramar en su emboque del lago  
puercos salvajes, ojos secos de peces, orquídeas,  
lirios y raíces,  
restos de habitaciones y hombres muertos*

Para el Mucujún reserva Ramón sus más fluidas palabras, sus elogios más floridos. Hay un tenso "Crepúsculo en el parque de los escaladores de Nieve". Y desde él descendemos hasta los "Chorros de Milla", que bien recuerdo. Es en este canto donde se hace más cercano el tono del Neruda de "El canto general", acaso porque se habla de huracanes y fuegos, de cenizas y casas que vuelan heridas, asesinadas por los elementos

*En las aguas de Milla  
el viento es más extraño de lo que piensas  
En las piedras de Milla la sangre  
y la pena se desvanecen.*

Veamos en "Albarregas" el limpio tono nerudiano.

*Soledad, tu sentiste allí mi caída  
penetrando su recóndito cielo,  
y en el maduro clima  
viví esa fuerza: cuerpo y tiempo vibrantes.*

En *El viento y la piedra* vuelve Ramón a trabajar de consumo con su compadre Omar Granados, esto quiere decir que se trata de un libro no sólo para leer sino para ver también. El primer texto es "Buey" y en él se nos dice que "Vimos rodar un trueno y al fantasma del/refusil/alguien teje a lo lejos/la encabritada vereda".

No hay libro de Palomares que no tenga envidia, ni siquiera esto que tiene sus lujos de papel fino, poemillas manuscritos, lindos inventos de Omar, patrocinadores pudientes y otras ganancias puramente visuales. Por ejemplo, el que se llama "Aldea" con portones añejos, costureras apacibles que "escuchan sus agujas tejer la tarde". En el sueño se dibuja la lluvia, los cementerios ven pasar sombras errantes y los que viven en el polvo de tierra adentro claman por el mar. Hermano gemelo es el paisaje de "Precipicio".

*Los rebaños en la parda meseta  
moscas sobre una hoja marchita  
Un pájaro  
una aterida conversación de torcaces  
ondula el pajonal  
El alma: Añoranzas.  
El corazón: ese oscuro cristal que brilla y grita  
al fondo.*

A los cubanos no hay tabaco que nos impresione como no sea el que nace en algunos sitios de la isla. Recuerdo que un señor publicitario inventó allá en Montreal una simpática consigna hacia 1967: "Sólo hay un tabaco cubano. Todos los demás son imitaciones". Ahora se habla con mucha ciencia del daño que hace el tabaco y toda su parentela. Y no con la ironía de Chejov sino con el aguafiestas espinoso del cáncer y otros males que para qué hablar. Pero los de Barinas dicen que su tabaco era una flor desde el principio, y Ramón los obsequia precisamente con su paginilla aérea "Tabaco", tan fina como un cabello de ángel ("Sobre los parapetos/colgando las trojas/la plumosa turba de aromas/. Es la purísima hilacha Varinas/ya viene su humo azul"). Entre otros textos, bien pensados, con sabia contención, hay esta "Reflexión" con aroma de autobiografía

*Envejezco a prisa contradiciendo mi corazón  
Mi cabeza se empeña en decir NO  
pero mi alma sueña  
Cuántos recuerdos y Qué de promesas  
La mentira y yo de la mano*

Después vienen esos grabados de Omar que me hacen recordar algunos días de 1973 en Mérida, con nosotros hablando/y Ramón escuchando con su vocación de testigo, de cronistas, de testimoniante. O bien otros de 1979, con tanta gente conocida hablando de los rigores del exilio —Cortázar, Hortensia de Allende, Galeano, Benedetti, Guillermo Toriello...— o las mesas redondas de 1981, cuando el Congreso de Escritores Hispanoamericanos

*Cuántos recuerdos y Qué de promesas.*

He leído en el número inicial de *Pliegosuelto* —suplemento de *El universitario*, en su edición de mayo 31 de 1985— cuatro muestras de *Brindis por Humboldt*, poemario fraguado por Ramón como homenaje a la Universidad de Los Andes en su bicentenario. Se trata de “Llanuras”, “Hábitos”, “Botánica” y “Aiphan-Pfritu”

Me dijo en estos versos

*Si, hay algo triste y lúgubre en la visión de estas  
estepas  
la tierra como un mar cubierto de algas y sargazos  
El viento quieto a la altura del jinete sobre su mula  
y el calor sofocante abrasado de arenas  
("Llanuras")*

*De tal pereza participan  
las mimosas y los tamarindos que cierran sus hojas  
en el cielo sereno  
mucho antes del ocaso  
("Hábitos")*

*Otras eran  
la gran flor *Cranoliaria* tan blanca que enceguece  
y la *Mannetia* de Caribe —nervadura exquisita—  
Su hoja pareciera encerrar mapas fantásticos  
("Botánica")*

*He visto árboles de familia seca y gris  
pero nunca como esa que llaman *Palmera de Cobija*  
pequeña y dura que no le entra hacha ni clavo  
("Aiphan-Piritu")*

Por cierto que estos poemas se imprimieron sobre un bonito grabado, en reluciente papel y con tinta gris, es decir, el lector tiene que gastarse los ojos buscando los versos y nunca sabrá si leyó o inventó algunas líneas perdidas en la vegetación, las piedras, las figuras, las nubes del grabado. Pasó lo que suele pasar con las exposiciones de poemas murales: los versos se pierden entre los trazos y colores del artista plástico, de modo que en vez de una unión artística se produce una especie de mal llevado matrimonio, un diálogo de sordos. Por lo demás no añaden gloria a la poesía de Palomares estos versos bien escritos, pero sumamente descriptivos.

Ya antes nos habían dejado en la distancia los versos de *Santiago de León de Caracas*, premiado hace veinte años. No porque ardan en defectos sino porque parecen fríamente tallados en clásicos mármoles y esa no es su cuerda.

Algo se ha dicho de los giros, de las peculiaridades del habla popular que se convierte en parte esencial del decir poético de Ramón Palomares. Ahora bien, no son tan distintas las regiones en nuestra América, ni es difícil entender los modos de llamar o nombrar en Trujillo, Boconó o Mérida. El propio Ramón ha dicho que "nombrar las cosas con el nombre que tenían en la región, el hecho de asociar paisajes, animales, acontecimientos, era, en cierta forma un postulado literario". Así lo entendemos. Por cierto que *Nombrar las cosas* es el título de un libro de Eliseo Diego publicado en 1973. Pero esto no es sino un accidente, una manifestación del azar o la casualidad; lo que quiero decir es que ya en 1948 el propio Eliseo había ahondado en el coloquio íntimo de su barriada habanera en el indispenable poemario en *La calzada de Jesús del Monte*, donde precisamente aparece un canto llamado "Voy a nombrar las cosas"

*Voy a nombrar las cosas, los sonoros  
altos que ven el festejar del viento,  
los portales profundos, las mamparas  
cerradas a la sombra y al silencio.*

(...)

*Y la pobreza del lugar, y el polvo  
en que testaron las huellas de mi padre,  
sitios de piedra decidida y limpia,  
despojados de sombra, siempre iguales.  
Sin olvidar la compasión del fuego  
en la intemperie del solar distante  
ni del sacramento gozoso de la lluvia  
en el humilde cáliz de mi parque.*

Es otro modo de nombrar. Pero nos entendemos. Ahora bien, Eliseo nos da para toda Cuba, para todo el idioma que él maneja con admirable belleza, su visión de un habanero, distante del bullicio, del modo de decir popular de su amada ciudad, y también distante del engolamiento capitalino de los notarios y los densos historiadores. Otra experiencia traigo del llano, de la sabana cubana, en especial del Camagüey, donde el voceo está en el diálogo, junto con el *labur* de despedida. Elvos no sabéis, el *decidme* que se corrompió enseguida y hace ya siglos que es *decime adónde vais*, el *sí mi'jo* y no *mi'jo*, el responder por la gente que se ha ido a lejanísimos países —vocación principal del llanero— diciendo que anda *porai*, es decir por ahí, por esos mundos. Eso lo aprendí de mi abuela, compañera de un mambí, cuando sólo tenía cinco años de escasa experiencia vital. Y no lo olvido. Como tampoco a sus llaves y sus baúles, llenos de regalos silvestres, sus dulces y su modo de llamarme mi *nengrito* a pesar de mi huerísima infancia y mis mejillas asturianas. Así pues, muy lejos de Boconó, puedo entender el sistema de comunicación de Ramón. Ese es mi idioma de la infancia, llena de historias, de lindas décimas, de caballos y aparecidos y cuentos de fantasmas, de sobria pobreza, de un lenguaje en prosa, como diría Molière, más peligrosamente lleno de poesía, hasta en los más simples diálogos. Era entonces la poesía nuestra respiración.

Por eso respiro en mi aire en estos libros de Ramón, después de todo yo no soy sino un paisano que anda por el mundo y descubre y estudia, escucha y piensa.

Pero, basta ya de poesía provocada, rescatada. Mejor es que volvamos a la segura prosa de un poeta crítico, como José Antonio Castro que ha dicho en su meditación enjundiosa "De Andrés Bello a Ramón Palomares" cosas como estas: "Todos los que hemos leído estos extraordinarios poemas de Ramón Palomares hemos sentido el contacto con un mundo que nos era extraño, pues Ramón tiene una visión glorianizante del paisaje andino, y allí, dentro de él, introduce los otros componentes, es decir los hombres del campo, la vida del hombre de campo, sus mitos, sus historias, la transmutación de la vida diaria. Estamos en presencia, al hablar de la poesía de Ramón Palomares, de eso que desde hace muchos años se ha llamado "el sentimiento de la naturaleza".

Así es. Pero no vayamos demasiado de prisa: la de Palomares es una de las más exitosas formas de acercarse al hombre en su medio, pero siempre la voz del poeta habla desde afuera, aunque él mismo ordeñe las vacas, corte la leña y cace los animales del bosque, se trata de una *conmovedora cercanía*, una *aproximación formidable*, pero no falta la elaboración artística. No se trata de una grabadora puesta a funcionar y con adiciones y cortes hechos a las cintas. Se trata de la vida del poeta que aunque fuese también ciego, como dicen que era Homero, ve con ojos propios el paisaje bárbaro y libre, y también el corazón del hombre, menos bárbaro y muchísimo menos libre. El paisaje que describe Palomares no es el de la *edad de oro* sino el de la enajenación económica, aunque interpretado por un bardo nativo y no por los primeros y segundos navegantes europeos que, como bien sigue diciendo José Antonio no entendían nada. Es cierto que la intención de Bello no era ni mucho menos descabellada, pues el paisaje debía ser visto con lúcidos ojos políticos; ésta es una lección siempre vigente, más no siempre comprendida o bien cumplida en la práctica —implacable criterio de la verdad—. Para José Antonio "toda la poesía de la naturaleza mantiene esa característica hasta la aparición de Ramón Palomares, quien cambia la dirección en el proceso creador (...) el poeta ¿Se despoja totalmente de su mundo? Creo que más bien logra la difícil armonización de ambos, sin falsa ingenuidad, sin renunciadas demagógicas. José Antonio sigue diciendo: "Como en la teoría que se desprende de los Poemas de Bello, como en su discurso poético sobre la descolonización, nos encontramos en Ramón Palomares como una definición de cultura propia, en cierto sentido liberadora, a través de una exaltación poética del mundo campesino de Trujillo. Hay en Palomares una democratización casi total del poema al sumergirse en la cultura popular, y hay también una valorización de lo regional, de una cultura marginal, que hasta ahora ha sido la fuente más importante para la creación de una literatura, que como la nuestra, sirve para explicar nuestra situación en el mundo, que responde a la pregunta sobre nuestra identidad cultural".

En rigor, esta forma de acercarse a la naturaleza, a una región, a su país, a nuestra América, es distinta a la asumida por Aymé Césaire. En primer lugar no se parte de una formación *vivida en Europa* y no hay compromisos con una escuela —en el caso de Césaire el *surrealismo*— ni se es un brillante embajador en su propia tierra de un movimiento bastante distante de la problemática del Caribe. Tampoco me parece adecuado que nos metamos en los vericuetos del llamado *realismo mágico*. La poesía de

Palomares no hace pensar en una filiación literaria más o menos elegante o culta sino que es la expresión sincera y, como se decía en mi mocedad, telúrica del ser humano; con sus mitos y creencias, con sus costumbres, prejuicios y cándidos presagios, pero también con su hambre, su opresión de siglos, su costado herido. Además está la historia con su seño duro y sus batallas perdidas. Ya sabemos que la provincia ha dado una cantera enorme a la poesía del continente, pero Ramón es más preciso y actual cuando dice en una entrevista: "La coyuntura que nosotros vivimos fue hermosa en especial. Eran momentos en que el país hacía el cambio de rural a urbano. Todos estos elementos sedimentarios que éramos nosotros —especie de restos de un río, material de arrastre, venían de la provincia. Necesariamente tenía que implicar una relación muy intensa, como forma de protegerse contra aquella enorme pobreza en la que vivíamos". Eso explicó su respuesta ante el triunfo de la Revolución cubana, su actividad posterior en labores claramente sociales, su apoyo a los movimientos de izquierda sin oportunismos ni guiños de ojos, su desacuerdo con la élite, las *maffias* de la cultura, los señoritos que bailan la música que le toquen y quieren llegar por asalto a las cimas del arte de nuestro tiempo. Un tiempo que sigue siendo de *enorme pobreza* para los esquilados paisanos.

Ramón Palomares acaba de doblar al cabo de los cincuenta años. Por eso aún puede enriquecernos con nuevos poemas. Debe cuidarse, sin embargo de su facilidad para poetizar a partir de experiencias, vividas o imaginadas, en los escenarios exteriores — montañas, llanos, páramos, selvas, ríos de nombres sonoros— o en los límites de las viejas historias locales y nacionales. Ya nos advirtió Pavese que el poeta "puede convertirse en epígono de sí mismo: ceder a la tentación de detenerse más de lo lícito para aprovechar el territorio ya conocido y conquistado. Así es/. No puede el artista inventar cada día escenarios y temas nuevos para quedar bien con sus lectores, con sus implacables críticos, con sus asediantes amigos, sin embargo los laureles más perecederos son los que se ganan en las lides poéticas.

Y aquí me detengo por hoy, no sin antes reiterar que Ramón es ya uno de los poetas imprescindibles de la América irredenta, aunque no lo promuevan en Londres, Nueva York o París. Un poeta de absoluto rigor, de símbolos altamente complejos y sin embargo diáfanos como el vuelo del pájaro pequeño hacia el enorme sol, padre de la vida.

